

campo para la lid. Cierta ocasion un mejicano de vigoroso aspecto, blandiendo una espada y armado de un escudo que habia ganado á los cristianos, los desafió á que viniesen á singular combate con él. Un jóven, page de Cortés, llamado Nuñez, obtuvo licencia de su amo para admitir el jactancioso reto del azteca; y trepando á la azotea, logró despues de un vigoroso combate vencer á su antagonista que tenia la desventaja de pelear con armas en cuyo uso no se habia adiestrado; y atravesándole de parte á parte el cuerpo, le arrancó sus despojos que llevó en triunfo y los depuso á los piés del general (19).

La division de Cortés tenia avanzados sus trabajos por el lado del Norte hasta la gran calle de Tacuba, por la cual se abrió la comunicacion con el campo de Alvarado, y junto á la cual se elevaba el palacio de Guatemotzin, que era una vasta mole de piedra y merecia mas bien el nombre de fortaleza. Aunque abandonado de su regio dueño, estaba guarnecido por un cuerpo de fuerzas aztecas, las que por algun tiempo resistieron, bien que con poca ventaja, contra las baterías de los sitiadores. Pronto fué entregado á las llamas y sus desmoronadas paredes reducidas á polvo, lo mismo que los otros edificios de la capital, que eran el orgullo y la admiracion de los aztecas, y los mas hermosos frutos de su civilizacion. „Triste cosa es, decia Cortés, ser testigo de su destruccion; pero tal era nuestro plan de operaciones y no podiamos hacer otra cosa” (20).

En estas operaciones se consumieron algunas semanas y el fin de Julio se acercaba. Durante este tiempo, el cerco se habia mantenido con el mayor vigor, y los infelices habitantes estaban sufriendo todas las extremas penalidades de la hambre. Algunos fueron cogidos en las inmediaciones del campo cristiano, vagando en busca de alimento, y se les trató amistosamente por órden de Cortés, que esperaba inducir así á otros á seguir su ejemplo y procurarse, conciliándose el afecto de los habitantes, los medios que le abriesen el camino para someterlos. Pero fueron muy pocos los que quisieron dejar el asilo de su capital, y prefirieron sufrir su suerte á la par de sus afligidos compatriotas, mas bien que entregarse á discreccion á los sitiadores.

Por estos prisioneros supieron los españoles el deplorable estado á que se hallaba reducida la numerosa poblacion en lo interior de la ciudad. Largo tiempo hacia que se habian agotado todos los medios ordinarios de subsis-

(19) Ibid. pag. 282, 284.—Herrera, Hist. gen. tee. 3, lib. 1, cap. 22, lib. 2, cap. 2.—Gomara, crónica capt. 140.—Oviedo, Hist. de las Ind. MS. lib. 33, cap. 28, Ixtlit-xochitl, Ven. de los Esp. pag. 43.

(20) “No se entendió sino en quemar y allanar casas, que era lástima cierto de lo ver; pero como no nos convenia hacer otra cosa, éramos forzados seguir aquella órden.” Ibid. pag. 286.

tencia, y los sitiados conservaban apenas la vida, ya comiendo raices que escavaban de la tierra; ya royendo cortezas de árboles; ya devorando las yerbas, y en una palabra, cualquiera cosa por detestable que fuese que pudiera calmar el apetito. Su única bebida era la agua salobre que manaba de un terreno impregnado con la sal del lago (21). Con tan mal sanos alimentos y con las enfermedades causadas por ellos, la poblacion iba gradualmente acabando. Los hombres se enfermaban y morian diariamente en medio de los mas horrorosos tormentos producidos por la hambre; y los que sobrevivian, pálidos y estenuados, parecia que solamente esperaban que les llegase su vez.

Los españoles tuvieron una palpable confirmacion de todas estas noticias, conforme penetraron mas adentro en la ciudad, y se aproximaron al distrito de Tlaltelolco que ocupaban los sitiados; pues iban encontrando que habian escarbado la tierra en busca de raices y yerbas, y despojado los árboles de sus tallos, de sus hojas y de su corteza. Enjambres de indios hambrientos huian á distancia con paso tan veloz y á la vez tan suave, que parecian espíritus entre las ruinas de su residencia anterior. Cadáveres insepultos yacian en las calles y en los patios, y muchos de los canales se hallaban completamente llenos de ellos: lo cual era señal segura de la estremidad á que habian llegado los aztecas, porque consideraban como un imperioso y solemne deber enterrar los muertos y habian cumplido con él religiosamente, cuando comenzaba el sitio. Posteriormente cuidaban de ocultar los muertos de la espectacion pública, trayendo sus restos dentro de las casas. Pero el número de estos y las penalidades de los que sobrevivian se aumentaron tan considerablemente, que vino á serles indiferente la vista de los muertos, en términos que llegaron á tolerar que sus amigos y parientes permaneciesen tirados y se pulverizasen en el mismo sitio donde arrojaban su último suspiro (22).

Un espectáculo verdaderamente aterrador se presentaba á los invasores

(21) “No tenían agua dulce para beber, ni para de ninguna manera de comer; bebían de la agua salada y hedionda, comían ratones y lagartijas, y cortezas de árboles y otras cosas no comestibles; y de esta causa enfermaron muchos y murieron muchos.” Sahagun, Hist. de N. España, MS. lib. 12, cap. 39.—Tambien Relac. Terc. de Cortés, apud Lorenzana, pag. 289.

(22) “Y es verdad, y juro amen que toda la laguna y casas, y barbacoas estaban llenas de cuerpos y cabezas de hombres muertos, que yo no sé de que manera lo escriba.” Bernal Diaz, Hist. de la Conq. cap. 156.—Clavijero considera que de propósito dejaban los mejicanos los cadáveres insepultos para que el hedor incomodase á los españoles y los hiciera alzar el sitio. [Stor. del Messico tomo III, pag. 231, nota.] Pero semejante designio hubiera hecho mas daño á los sitiados que á los sitiadores, cuya presencia, en la capital era muy transitoria, y así es mas natural atribuirlo á las mismas causas, por lo que se ha hecho lo mismo en otras partes en circunstancias semejantes, ocasionadas por pestes ó hambres.

conforme iban entrando en las habitaciones. Los espectros de sus inquilinos cubrian el piso, los unos estaban moribundos, los otros ya corrompidos: hombres, mugeres y niños respiraban aquella atmósfera envenenada y se hallaban indistintamente mezclados: madres con sus criaturas muertas de hambre en los brazos, sin tener que darles, ni aun el natural alimento: hombres acribillados de heridas con sus cuerpos horriblemente mutilados, que en vano intentaban huir arrastándose á la entrada del enemigo. Pero aunque en estado tan deplorable, desdeñaban pedir gracias y aun lanzaban una mirada sobre los invasores con la terrible ferocidad del tigre herido, rastreado por el cazador en su guarida. El gefe español dió las mas estrechas órdenes para que se diese cuartel á estas víctimas infelices y sin fuerzas; mas los indios aliados sin distincion ninguna miraban en cada azteca, cualesquiera que fuesen sus circunstancias, un enemigo; y en medio de los mas espantosos gritos de triunfo, demolian los medio quemados edificios sobre sus cabezas, consumiéndolos á todos vivos y muertos, que iban á confundirse en una pira común.

Pero tan terribles como eran estos sufrimientos, no lograron inclinarlos á someterse. Todavía habia muchos que, ó bien por ser mas vigorosos, ó por haber sido mas favorables sus particulares circunstancias, mostraban su acostumbrada energía de cuerpo y de ánimo, y el mismo porte arrojado y resuelto que antes. Estos rechazaron con orgullo todas las insinuaciones de Cortés, declarando que preferian la muerte á la rendicion, y añadieron con el tono mas amargo de satisfaccion: que los invasores verian al fin chasqueadas sus esperanzas de apoderarse del tesoro, porque este habia sido enterrado en parte donde jamas pudieran encontrarlo (23).

Las mugeres se dice que participaban de este ánimo desesperado, ó mas bien heroico, mostrándose infatigables en la asistencia de los enfermos y curacion de los heridos, y tambien ayudando á los guerreros en las batallas, porque ya les llevaban piedras, flechas y toda clase de armas, ya preparaban las hondas y ponian cuerdas á los arcos. En suma, desplegaron toda la constancia y el valor que en nuestros dias mostraron las nobles doncellas de Zaragoza, y las de Cartago en la antigüedad (24).

(23) Gonzalo de las Casas, defensa MS. cap. 28, Martyn de Orbe Novo, dec. 5, cap. 8.—Ixtilxochitl, Venida de los Esp. pag. 45. Rel. Terc. de Cortés apud. Lorenzana pag. 289. Oviedo Hist. de las Ind. MS. lib. 33, cap. 29.

(24) Muchas cosas acaccieron en este cerco, que entre otras generaciones estobieran discantadas, é tenidas en mucho, en especial de las mugeres de Temixtitan, de quien ninguna mención se ha hecho. Y soy certificado, que fué cosa maravillosa y para espantar, ver la prontitud y constancia que tobieron en servir á sus maridos, y en curar los heridos, é en el labrar de las piedras para los que tiraban con hondas, é en otros oficios para mas que mugeres." Oviedo, Hist. de las Ind. MS. lib. 33, cap. 48.

Cortés habia llegado á una de las grandes entradas que conducen á la plaza del mercado de Tlalteloleo, que era tambien el objeto de los movimientos de Alvarado. Un solo canal habia al paso; pero muy ancho y vigorosamente defendido por los flecheros mejicanos. Una noche estando el ejército en sus atrincheramientos de la calzada, vieron los españoles con sorpresa una luz extraordinaria que parecia salir de el gran *teocalli*, situado en la parte de la ciudad que mira al Norte, y que por consiguiente era la mas distante de la posicion que guardaban. Este templo dedicado al terrible dios de la guerra, á ningun otro cedia, á escepcion de la pirámide de la plaza mayor; y los españoles mas de una vez habian visto conducir á él á sus desgraciados compatriotas para sacrificarlos. Supusieron, pues, en esta ocasion que seria alguna de las diabólicas ceremonias del enemigo la causa de aquella claridad; pero fué elevándose mas y mas la flama, hasta que se percibió distintamente que el mismo Santuario era el que estaba entregado á las llamas. A una voz prorrumpieron los soldados en un grito de júbilo, porque juzgaban seguro que esto era indicio de que sus compatriotas de la division de Alvarado, habrian tomado posesion de aquel importante edificio.

Y así era la verdad. El valiente oficial cuya posicion en la calzada del Oeste, le colocaba á la inmediacion del distrito de Tlalteloleo, obedeció al pie de la letra las instrucciones de su gefe, arrasando completamente cuantos edificios encontraba al paso y llenando con los escombros los fosos, hasta llegar delante del gran *teocalli* que estaba inmediato al mercado. Envío una compañía al mando de un caballero llamado Gutierrez de Badajóz, á asaltar ese punto, que estaba defendido por un cuerpo compuesto de guerreros, juntamente con los sacerdotes que eran mucho mas bravos y feroces que los soldados. La guarnicion, bajando por entre las revueltas de las azotecas, se arrojó sobre los que iban á asaltar, con tal furia, que los obligó á retirarse con desórden y con alguna pérdida. Alvarado mandó en su auxilio otro destacamento, que al instante comprometió accion con un cuerpo de aztecas, que se descolgaron sobre su retaguardia al llegar esta á las galerias del *teocalli*. Cercados así, en medio de dos enemigos, que se hallaban el uno arriba de ellos y el otro abajo, era sumamente crítica la posicion de los españoles. Cubiertos con sus escudos cayeron espada en mano desesperadamente sobre los mejicanos que iban subiendo, y los arrojaron hasta dentro del patio interior, donde Alvarado les disparó tan fuertes descargas de mosquetería, que en breve se desordenaron y se vieron obligados á abandonar el campo. Seguros ya de no ser molestados por retaguardia, volvieron á la carga los españoles, empujando al enemigo hácia la parte alta de la pirámide, en cuya anchá cima se empeñó en aquella altura una encarnizada lucha, como sucede siempre que una muerte inevitable es la consecuencia inmediata de la derrora. Sufrióronla al fin los aztecas, pereciendo los unos en aquel mismo sitio que aun estaba húmedo de la sangre de sus propias

víctimas; y siendo los otros arrojados de cabeza desde lo alto de la pirámide abajo.

Toda la area estaba cubierta de los diversos símbolos del culto bárbaro del país, elevándose dos grandes santuarios, ante cuyos ídolos que todos mostraban los dientes, estaban colocadas las cabezas de todos los cautivos cristianos que habían sido inmolados en sus altares. Los españoles pudieron reconocer en aquellos lívidos semblantes, aunque cubiertos de pelo y de espesas barbas, á sus camaradas que habían caído en manos del enemigo; y al ver tan melancólico espectáculo, se les saltaron las lágrimas considerando el horrible género de muerte que sus compatriotas habían sufrido. Estos tristes restos fueron recojidos con cuidadosa decencia, y despues de la Conquista se depositaron en un Campo Santo, sobre cuyo sitio se elevó despues la Iglesia de los mártires (25) (a).

Y para que aquel sitio no volviese á mancharse con tan abominables ritos, completaron su obra incendiando los santuarios. El fuego abrazó lentamente los elevados pináculos compuestos de piedras y maderas, hasta que abriéndose paso con violencia, salió una resplandeciente llama, formando voluminosa espiral hasta una altura tan considerable, que pudiera ser vista desde los mas distantes cuarteles del valle. Ella fué la que había sido saludada por la division de Cortés, y la que servía como de faro, tanto á los sitiados, como á los sitiadores, para darles á conocer el avance de las armas cristianas.

Animados con este espectáculo, el general en jefe y su division, hicieron los mayores esfuerzos al día siguiente, para tomar posicion al costado de sus compatriotas, los de la division de Alvarado. Para lograrlo, el único obstáculo que se oponía á su marcha, era el ancho canal, al otro lado del cual se divisaban los escuálidos semblantes de innumerable multitud de aztecas; allí reunidos para disputar el paso, á semejanza de las tétricas sombras que segun los poetas, andan errantes á las orillas del rio infernal. Sin embargo, arrojaron una lluvia de proyectiles, que no eran sombras, sino reales y verdaderos, sobre las cabezas de los indios trabajadores, ocupados en nivelar el ancho foso con los escombros de los edificios inmediatos. Mas la tarea siguió á pesar de aquella lluvia de flechas, remplazando á los operarios que caian, otros que venian de refresco; y cuando la obra terminó al fin, la caballería avanzó sobre el recién cubierto foso, dando una fuerte carga contra el enemigo, seguida de un numeroso y compacto cuerpo de lanceros, abatiendo cuanto se le oponía con su invencible falange.

Así se reunieron en un mismo campo esta division y la que mandaba Alvarado, quien se presentó luego en las filas, acompañado de varios de sus oficiales y abrazó cordialmente á sus compatriotas y compañeros de armas, á

(25) Oviedo, Hist. de las Ind. 155. Rel. Terc. de Cortés ap. MS. lib. 33, cap. 29. Bernal Lorenzana, pp. 287, 289. Diaz, Hist. de la Conquista, cap.

(a) Esta iglesia ó capilla estaba en donde está ahora San Hipólito.

quienes veía por la primera vez desde que había comenzado el sitio. El campo se hallaba muy inmediato al mercado, y Cortés llevando consigo algunos de sus caballeros, se entró á él á galope. Era el mercado un vasto cercado, como el lector recordará, que comprendía mas de un acre de tierra [26]. Cubriáse completamente de un inmenso gentío que acudía de todos los lugares del valle en los tiempos florecientes de la monarquía azteca. Estaba rodeado de pórticos y pabellones para comodidad de los artesanos y mercaderes que allí estendían sus artefactos y sus mercancías. Los techos planos sostenidos por las columnas de los pórticos, al entrar Cortés, estaban cubiertos de una gran multitud de hombres y de mugeres que contemplaban con silenciosa flaqueza los ginetes cubiertos de acero, profanando con su presencia este recinto, por la primera vez, desde su espulsion de la capital. Aquella muchedumbre compuesta probablemente en su mayor parte de ciudadanos sin armas, parecía sobrecojida de sorpresa: á lo menos no mostró la menor sombra de resistencia; y el general despues de haber reconocido muy despacio el terreno, sin ser molestado se volvió atras á reunirse con el ejército.

Luego que regresó, subió al *teocalli*, donde flameaba triunfante el estandarte de Castilla, en lugar de los signos de la supersticion azteca. El conquistador subió á largos pasos hasta las cenizas que aun humeaban en la elevada cima, y contempló atentamente la escena de desolacion que tenía delante. Los palacios, los templos, aquel emporio de la industria y del comercio, aquellos brillantes canales cubiertos en otros días con los mas ricos cargamentos de los países circunvecinos, aquella rica pompa de alamedas y jardines, todo el espléndido conjunto de esta imperial ciudad, capital del mundo occidental; había desaparecido; y en su lugar no había ahora mas que un árido desierto. ¡Cuán diferente era el espectáculo que un año antes se había ofrecido á su vista, cuando iba á gozar de estas mismas escenas, visitando los altos *teocallis* vecinos, llevando á Montezuma á su lado! Las siete octavas partes de la ciudad eran solamente ruinas, á escepcion tal vez de algun templo colosal, para cuya demolicion se hubiera necesitado demasiado tiempo (27). La otra octava parte, en la que se comprendía el distri-

(26) Los *tianguis* continuaron, aunque muy decaídos de su antigua magnificencia como nos lo refiere el P. Sahagun. "Entraron en la plaza ó Tianguis de este Tlaltelolco [lugar muy espacioso, mucho mas de lo que ahora es], el cual se podía llamar emporio de toda esta N. España: al cual venian á tratar gentes de toda esta N. España, y aun de los reinos á ella contiguos, y donde se vendian y compraban todas cuantas cosas hay en toda esta tierra, y en los reinos de Quahátmalla, y Xáisco, (cosa cierto mucho de ver), yo lo ví por muchos años, morando en esta casa del S. Santiago, aunque ya no era tanto como antes de la Conquista." Hist. de N. España, MS. lib. 12, cap. 37.

(27) "E yo miré dende aquella torre lo que teníamos ganado de la ciudad, que sin

to de Tlaltelolco, era todo lo que quedaba á los aztecas, cuya poblacion, á pesar de todas sus pérdidas, se hallaba apiñada en un circuito que escasamente hubiera prestado comodidad para la tercera parte de los que aun la componian. Este cuartel se hallaba entre las dos grandes calzadas del Norte y del Oeste, y es conocido hoy en la capital moderna con el nombre de barrio de Santiago y sus cercanias. El fué la residencia de los indios despues de la conquista (28), aunque al presente unas cuantas humildes y esparcidas chozas son las que forman el barrio que sirve, como antes, de suburbio á la metrópoli. Pero aun presenta tal cual vestigio de lo que fué en sus preciados dias, y el curioso anticuario y el labrador al remover aquel suelo, encuentran algunos esparcidos restos de obsidiana, ya un hierro de lanza enmohecido, ya una flecha ó algunos otros fragmentos guerreros, que atestiguan que en este lugar hicieron, al retirarse los aztecas, su postrimera defensa por la independencia de su patria (29).

Al siguiente dia Cortés á la cabeza de sus batallones, se dirigió segunda vez al gran tianguis; pero en esta ocasion los mejicanos estaban mejor preparados para recibirle. Habiánse reunido número considerable de guerreros en la espaciosa plaza, con los que se trabó un combate muy sangriento, aunque de corta duracion, porque las fuerzas de los aztecas no correspondian ya á su esforzado ánimo; y acosados por el mortífero fuego de la mosqueteria, se dispersaron al fin, dejando á los españoles dueños de aquel recinto.

Lo primero que hicieron fué incendiar algunos pequeños templos que habia dentro de la plaza del mercado, ó mas probablemente á sus inmediaciones. Al subir las llamas, los aztecas horrorizados prorrumpian en sentidos lamentos por la destruccion de las deidades en cuya proteccion tenian gran confianza (30).

duda de ocho partes, teniamos ganadas las siete." Rel. Terc. de Cortés, apud. Lorenzana pag. 289.

(28) Toribio, Hist. de las Ind. MS. Part. 3, cap. 7.

Los restos de las antiguas fábricas aun se pueden distinguir en este cuartel, mientras que en los demas *etiam periere ruinae*.

(29) Bustamante, el editor mejicano de Sahagun, refiere que posee muchos de estos restos. "Toda la llanura del santuario de nuestra Sra. de los Angeles, y de Santiago Tlaltelolco, se vé sembrada de fragmentos de lanzas cortantes, de macanas y flechas de piedra obsidiana de que usaban los mejicanos, ó sea chinapos, y yo he recojido no pocos que conservo en mi poder." Hist. de N. Esp. lib. 12, not. 21.

(30) Y como comenzó á arder, levantóse una llama tan alta que parecia llegar al cielo, al espectáculo de esta quema todos los hombres y mugeres que se habian acogido á las tiendas que cercaban todo el Tianguis, comenzaron á llorar á voz en grito, que fué cosa de espanto oírlos; porque quemado aquel delubro satánico, luego entendieron que habian de ser del todo destruidos y robados. Sahagun, Hist. de N. España, MS. lib. 12, cap. 37.

En seguida, un soldado llamado Sotelo, que habia servido á las órdenes del gran capitán en las guerras de Italia, donde aseguraba haber adquirido conocimientos en la ciencia del ingeniero, tal como entonces se practicaba, sugirió á Cortés la idea de construir una especie de catapulta, ó máquina para arrojar piedras de gran tamaño, para servirse de ella en la demolicion de los edificios, en vez de piezas de batir, y el Sotelo se ofreció á construirla. Como las municiones comenzaban á faltar, á pesar de los acopios abundantes que de tiempo en tiempo habian llegado al campo de Cortés, acogió con ansia una proposicion que tan bien le venia á propósito de sus exigencias. Se ministraron, pues, piedras y maderas y se emplearon numerosos brazos, bajo la direccion del que se llamaba así mismo ingeniero, en construir un aparato pesado que se erigió sobre una plataforma de sólida cantería de treinta pasos en cuadro y de siete ú ocho piés de alto, que se elevaba en el centro de la plaza del mercado. Esta plata forma era obra de los príncipes aztecas, destinada, á manera de tablado, á servir para que los saltimbanquis y juglares divirtiesen con sus suertes y juegos de manos al populacho, que era grandemente aficionado á estos espectáculos (31).

Algunos dias duró la construccion de la máquina y en todo ese tiempo las hostilidades estaban suspensas y los trabajadores eran protegidos por fuertes cuerpos de infantería, contra cualesquiera interrupcion. Por fin vino á concluirse la obra; y los sitiados que con silencioso temor habian estado observando desde las azoteas vecinas los adelantos de la máquina misteriosa que debia acabar de arruinar lo que aun quedaba en pié de su capital, miraban aterrorizados que iba á empezar á obrar. Colocaron un enorme péñasco sobre el madero. Comenzó la máquina á ponerse en movimiento; y aquella inmensa roca fué despedida por la catapulta con un empuje tremendo. Pero fué el caso que en lugar de dispararse en direccion de los edificios aztecas, se levantó en alto y perpendicularmente en el aire, y descendiendo al mismo sitio del cual habia sido arrojada, hizo pedazos la máquina de mal agüero, que quedó completamente inutilizada. Los aztecas se vieron libres del temor que les habia inspirado, y la soldadesca volvió divertido juguete la catástrofe, un algo á espensas del comandante, quien manifestó no poca mortificacion por el chasco, y todavía mayor por su propia credulidad (32).

(31) Aun hay vestigios de esta obra segun Humboldt, dentro del pórtico de la iglesia de Santiago. Ensayo polít. tom. 2, pag. 44.

(32) Bernal Diaz, Hist. de la Conq. cap. 155. Rel. Terc. de Cortés, ap. Lorenzana pag. 290.

Sahagun. Hist. de N. Esp. MS. libro 12, cap. 37.